

LIBROS

El teatro de Buero Vallejo

El teatro de Buero ha merecido innumerables artículos, ensayos y varios libros monográficos. A menudo, sin embargo, los autores de tales trabajos fueron profesores de literatura, más atentos al análisis del pensamiento y del lenguaje escrito del dramaturgo que al carácter teatral de su poética. De ahí el fundamental interés del nuevo libro de Ricardo Domenech, estudioso de nuestra literatura, pero también persona acostumbrada a juzgar el hecho teatral.

El volumen podría considerarse sustancialmente dividido en tres partes. Una, dedicada a la visión global de las formas y estructuras del teatro de Buero. Otra, centrada en el desentrañamiento minucioso de cada una de sus obras. Y una tercera, planteada como interpretación totalizadora del dramaturgo.

Precede al estudio propiamente dicho un resumen biográfico, de gran interés para comprender muchos aspectos del teatro de Buero. Que el autor estuvo condenado a muerte en el 39 es cosa sabida, pero el repaso de todos los datos —incluido el de los ocho meses vividos hasta la conmutación de la pena capital o los siete años de encarcelamiento— resulta necesario. Toda obra, sin que caigamos en estrechos determinismos sociológicos, debe ser contemplada en un tiempo y unas circunstancias; considero que la lectura de los datos biográficos de Buero, en estrecha relación con el entorno, debiera bastar para declarar idealistas a quienes le condenan catón seudorrevolucionario en mano.

Tras el ensayo, con-

tribuyendo a subrayar la pulcritud intelectual del trabajo de Domenech, aparece la ficha completa de los estrenos de Buero, así como una minuciosa bibliografía de cuanto se ha escrito sobre él.

La resonancia que actualmente alcanza «La fundación» —a la que no hace mención el libro, «cerrado» antes de su estreno—, aumenta si cabe el interés de esta interpretación de quien bien puede ser calificado como uno de los testigos más lúcidos del «oscuro vivir español de las últimas décadas», según la expresión de Domenech.

Este último aspecto es el que, lógicamente, se subraya con mayor profundidad en el libro que nos ocupa. Solitario

didáctico. En Buero se da la necesidad de auto-cuestión, de contestar a las preguntas con preguntas situadas en un punto más avanzado que las anteriores; posición que parece «idealista» a los «sociológicos», pero que responde en Buero a la voluntad de una representación total —y, por tanto, real— del hombre. ¿Cómo representar al hombre en una imagen cerrada y precisa?

De las muchas cosas interesantes que desarrolla Domenech en su libro —llegando a conclusiones que en su mayoría comparto—, quiero destacar las que me parecen fundamentales. Una sería la imagen de Buero como superviviente del naufragio de su mundo. Del «venci-

ertos mitos, como el de Edipo o el de Don Quijote, cegado al primero cuando, al fin, «ve la realidad», tomado el segundo por loco al crear lo «necesario inexistente». El problema no se reduciría a identificar vencidos y vencedores con lo «inexistente necesario» y lo visiblemente existente, pero sí parece interesante descubrir en la escisión del hombre real, Antonio Buero Vallejo, la clave de la lucha por la unidad, por la creación de un hombre ni amputado ni dicotomizado, que respira su teatro.

El hecho de que en sus obras se den las dos dimensiones, la subjetiva y la objetiva, y que incluso aquella —Domenech llama a esto «efectos de inmersión»— determine a veces las imágenes objetivamente «irreales» del escenario, lejos de tomarse por idealismo debería contemplarse como un rechazo del esquematismo sociológico, como un testimonio de las múltiples realidades que subsisten en la fotografía. ¿Y cómo no ver en ello, entre otras cosas, la expresión de un tiempo de fotografías impuestamente unívocas?

«La fundación» no hace sino reafirmar las tesis principales de Domenech. Es el mundo del prisionero, su añoranza de la comunidad y del universo, el que se enfrenta a lo existente para descubrir la persistencia de las rejas, y clamar, como Edipo o Don Quijote, por esa realidad que no ven los supuestamente videntes o supuestamente cuerdos.

El libro, en fin, nos sitúa ante aspectos fundamentales de la problemática española de nuestros días. ■ JOSE MONLEON.

Un nieto de Lewis Carroll

Uno tiene fama —entre cosas peores— de antipositivista, antianalfítico y enemigo cerril de la ilustración anglosajona. Uno tiene fama de (animal) irracional y subjetivista: uno, probablemente es todo eso,

incluso las mentadas «cosas peores» que no detallo para no dar pistas a quien corresponda. Por indebida inferencia (¡ay, Alfredo, si ves que meto la pata al utilizar alguno de estos terminachos, tú disimula!) se supone que la lógica formal me da bascas (con «b», que con «v», ¡bien venidas serían!) y que aquello tan bonito y tan verdad de «si p, entonces q» me pone al borde de la rabia frenética. Pero palabra de honor que se exagera. Bien es verdad que soy incapaz de aprenderme ni la notación del ajedrez, con que ¡imagínense la de Hilbert o Lukasiewicz! Pero de odio africano, nada de nada. Siento, muy por el contrario, admirativa envidia por quienes tienen insultante facilidad para el trasiego de los símbolos y aún más para los pocos que, como Alfredo Deaño, poseen además sentido del humor y salud de espíritu. De aquí que, como sacrificio propiciatorio a los por mí insultados manes de Russell y Whitehead, les dé cuenta a ustedes de esta «Introducción a la lógica formal» (1).

Es notable que la mayoría de los que, en el terreno filosófico, apelan como suprema instancia al sentido común, carecen totalmente de él. Supongo que Freud tendrá escrita alguna nofa al respecto. Nada hay más loco, por ejemplo, que las demostraciones que Moore da de la existencia del mundo exterior, físico, real o lo que ustedes quieran. ¿Se imaginan a alguien que dedica numerosas páginas a probar, en defensa del sentido común, que proposiciones como «el cuerpo que llamo mío existe» o «muevo la mano ante mi nariz, luego el mundo exterior existe» son verdaderas? Al lado de estas peregrinas invenciones, la máquina de pesar almas es lo más razonable del mundo. No conozco ningún metafísico idealista que pusiese especial empeño en desvanecer en la nada los tranvías o las buta-

cas; deben ser los que, por algún larvado delirio, dudan de la existencia de estos administrativos, quienes se han lanzado a pergeñar refutaciones de lo que nadie sostuvo jamás. En el campo de la lógica, la paradoja es aún más notable, pues no parece que ésta y el sentido común hagan muy buenas migas. Ahí tenemos a Zenón o a los megáricos, planteando problemas que el triturador Aristóteles solventaba con represiva facilidad, pero que siguen en buena medida alarmando la paz de nuestro sentido común; ahí está Lewis Carroll, ese lógico salvaje al que Deaño supo traducir tan adecuadamente (2), cuyo implacable «common sense» pone al borde de la locura a quien se arriesga por sus meandros. Por esto no dejan de ser sorprendentes esos jocosos ciudadanos que, arrellanados en la lógica formal, despiden con alguna memez género «esto es lenguaje en vacaciones», dicha con aire protector, a Spinoza o a Heidegger, quienes podrían informarnos cumplidamente sobre ciertas perplejidades de base que ellos dan de lado por razones «prácticas». Si la estupidez siempre es molesta, la estulticia coherente de un lógico tonto es la más desdichada de todas... y no necesitamos salir al extranjero para encontrarla. A éstos recuerda Deaño, con irónica cortesía, que la proposición «todo lo que no es formalizable no está en el mundo», es falsa.

Señala Deaño que dos adversarios le han servido de incentivos a la hora de redactar su libro. Uno es el «lógico medieval», que sigue aferrado con desesperante limitación a alguna vulgarización del «Organon» aristotélico. Hace bien Deaño en no dedicarle demagógica atención, pues no hay que ascender la pura incompetencia —por mucho poder académico que detente— a rivalidad ideológica; lo mismo deberían recordar

(1) «Introducción a la lógica formal», A. Deaño. Alianza Universidad.

(2) «El juego de la lógica», L. Carroll. Alianza (traducción, A. Deaño).



y solidario, sabemos a Buero libre en la medida en que su libertad es también nuestra. Jamás el misterio rebaja la conciencia histórica del autor. Y sus laberintos nunca son laberintos estrictamente particulares, sino interrogaciones arraigadas en el laberinto español de nuestros días, coincidamos o no totalmente con los puntos de vista del dramaturgo. El fondo ideológico, político, de sus obras parece bastante inequívoco, pero nunca es elemental y

do» que ha de rehacer su vida en la sociedad de los vencedores, interrogando, conduciendo el conflicto en términos que asuman la realidad de los dos planos. El del mundo, el del presente en que se vive, y el soterrado, inexistente y, paradójicamente, motivador.

Partiendo de esta idea, nos conduce Domenech a la interpretación trágica de la obra de Buero, aplicando las formulaciones de Goldmann. Y también a la presencia, clara o implícita, de